



La Guerra que empezó

ANTES DE NOSOTROS... Y AÚN SIGUE

La mayoría de nosotros no se despierta pensando: “hoy voy a elegir entre el bien y el mal”. Suena dramático. La vida se siente más simple: trabajo, familia, pendientes, cansancio, decisiones pequeñas. Pero si somos honestos, hay días en los que algo dentro se rompe, se enciende o se enfría... y uno se da cuenta de que no todo es neutral. Hay fuerzas que empujan, voces que confunden, impulsos que arrastran, heridas que se repiten. Y entonces aparece la pregunta que casi todos hemos hecho alguna vez, aunque sea en silencio: si Dios es bueno, ¿por qué este mundo se siente tan roto? Esta lección no responde con frases fáciles.

01 Plantea algo más serio: el mal no es solo “la parte oscura de la vida” ni un accidente sin sentido.



Es un conflicto real que tiene una raíz, una estrategia y un propósito. Y lo más incómodo es esto: no ocurre solo “allá afuera” en noticias o tragedias; también pasa dentro de nosotros. En lo que elegimos, en lo que justificamos, en lo que ocultamos, en lo que dejamos crecer.

03 Y aquí viene el punto que toca a la mente moderna: si este conflicto es principalmente moral, entonces su campo de batalla no es la fuerza, sino la verdad.

Por eso el mal no avanza solo por violencia; avanza por engaño. Por versiones distorsionadas de la realidad. Por la mezcla de verdad con mentira. Por esa idea sutil que ha herido a millones: “Dios no es confiable”. Cuando esa sospecha entra, todo lo demás se cae: la obediencia se vuelve opresión, la fe se vuelve ingenuidad, y el corazón aprende a vivir a la defensiva.

02

La Biblia no presenta a Dios como el autor del mal. Presenta el mal como el resultado de una libertad mal usada:



Un ser creado que, pudiendo vivir en la luz, eligió torcerse por dentro. Eso importa, porque cambia la imagen de Dios: no es un tirano que juega con el sufrimiento humano, ni un creador indiferente. Es un Dios que creó seres capaces de amar... y amar solo es posible donde existe libertad. Esa misma libertad, cuando se contamina de orgullo, produce destrucción. No porque Dios la diseñó para eso, sino porque el egoísmo siempre termina rompiendo algo.

Esta lección también explica por qué el mal parece “persistir”: porque Dios no lo elimina con un acto de fuerza que silencie toda pregunta.

Si lo hiciera así, el universo lo obedecería por miedo, no por convicción. En vez de imponer, Dios permite que el mal muestre lo que realmente es, para que un día desaparezca sin volver a nacer. Y en medio de ese proceso, Dios no se queda observando. En la cruz, Cristo dejó claro de qué lado está y cómo vence: no con terror, sino con verdad, amor y entrega. El mal queda desenmascarado. Y la victoria queda asegurada.

Al final, esta lección te pone frente a algo personal. No como amenaza, sino como lucidez:

Si esto es real, entonces no somos espectadores. Cada día creemos algo sobre Dios, sobre nosotros y sobre la vida. Y esa creencia guía nuestras decisiones. La pregunta no es si estás en la guerra. La pregunta es a quién le vas a creer, y con quién vas a caminar.

Porque el conflicto sigue... pero también sigue abierta la mano de Cristo. Y Él no solo promete un final sin mal: promete sostenerte mientras dure la batalla.

